

las armas de nuestro Jefe en Cristo, se refleje en nuestra humilde oscuridad, para que así proclame, tan alto como quepa, nuestra fe incontrastable en el Divino Maestro y en su Iglesia, y nuestra sumisión absoluta a la palabra del Pontífice, atributos con que nos ufanamos ante los que alientan hoy día y en cuanto a los que vivirán en lo que está por venir, a estilo de aquel Santo Rey de las Galias que estimaba en más el sitio en que fue cristianado, que la Basílica Augusta donde le ciñeron la corona.

Y recoja estas frases la benevolencia de Vuestra Señoría Ilustrísima, como el canto de júbilo que alzaron en un día glorioso y en una grande hora los que iban movidos blandamente hacia una Patria mejor, por el brazo sacerdotal y puro de un barquero divino».

Cualidades de la educación cristiana

Autoridad y amor

(Por el Excmo. Sr. Dr. D. Manuel José Cayzedo,
Arzobispo de Medellín)

Dios, del que toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra (1), y que templa la austeridad del mando con la suavidad del amor, ha comunicado a los padres de familia una autoridad semejante a la de El, y ha dispuesto que el niño crezca bajo su tutela en el hogar doméstico, en el cual la autoridad y el amor se dan la mano y se complementan. Ayude el amor la flaqueza y la debilidad y soporte las molestias de los primeros años; reprima la autoridad las malas inclinaciones y dome la terquedad a que el niño es tan propenso.

La autoridad, pues, y el amor deben trabajar unidos

(1) Efesios III, 15.

en la educación del niño, y un padre o una madre que gobernasen sólo con la autoridad o sólo con el amor, serían pésimos educadores ¡de sus hijos. La autoridad sin amor produce aquellos padres de quienes dice el Espíritu Santo que son con su familia como leones que la oprimen y atemorizan (1); el amor sin autoridad produce aquellos otros que son como fantasmas o estatuas que sirven sólo para adorno y nada más.

El escollo en que tropiezan en nuestros días los padres de familia, no es por cierto el abuso de la autoridad. En estos tiempos de libertad no se corre el peligro de que en las familias se ejercite le tiranía sino en un solo caso. Cuando un joven quiere formar parte del clero secular o regular, o bien, una joven desea consagrarse como esposa de Jesucristo. Entonces no será raro que los mismos padres, que dejan la rienda suelta en absoluto a sus hijos, impidan el cumplimiento de aquel santo propósito con verdadera tiranía; fuera de este caso, padres y madres, renunciando la autoridad recibida de Dios, no tienen para con sus hijos sino condescendencias y blanduras.

Para que palpéis lo funesto de semejante educación, basta que consideréis cuán fácilmente el niño se vicia y corrompe, y cuán necesario es vigilar con infatigable solicitud y estar en guardia para evitarlo. Son los niños como plantas tiernas y delicadas que apenas salen de la tierra, y ya el viento más suave las hace caer y las tuerce; son cera que recibe toda impresión para conservarla siempre; son como surcos abiertos por el arado, dispuestos a recibir buena o mala semilla para hacerla germinar y fructificar. Estas son comparaciones antiquísimas de la humana sabiduría; cuánto más vivas son las palabras que, para significar lo mismo, emplea Dios en los sagrados libros: *El sentido y los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su mocedad* (2). Pala-

(1) Eclesiástico IV, 35.

(2) Génesis VIII, 21.

bras dichas por el Señor después del diluvio y que manifiestan que así como las aves, aun en el nido, agitan las alas implumes dando a entender que han nacido para volar, así también el niño, dice un Santo Padre, con los antojos irracionales, con las rabietas frecuentes, con la soberbia y arrogancia, demuestra desde los primeros años—más aún, desde que está en pañales—las malas pasiones que lo dominan y que requieren la mano de un buen educador que lo corrija y enderece.

El hombre está formado de tierra, y así como la tierra, maldita por Dios a causa del pecado de Adán, no produce por sí misma sino abrojos, y sólo a fuerza de trabajo recibe la buena semilla y la nutre y sazona, así también el hombre abandonado a sí mismo, no produce otra cosa que vicios, y para que produzca flores y frutos de virtud es necesario formarlo y educarlo cuidadosamente desde niño.

Por esto yerran los pedagogos modernistas, yerran cuando sostienen que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos y que no hay perversidad natural en el corazón humano. Niegan así la revelación divina y el pecado original, pues según ellos, nace el niño perfecto y sólo hay que dirigirlo ; corregirlo, jamás.

La necedad está ligada al corazón del muchacho (1), son estas palabras con las cuales el Espíritu Santo nos enseña que así como para librar al árbol robusto de la planta parásita que se ha ligado a él, se necesita gran trabajo, de igual manera para limpiar el corazón del niño de la funesta adherencia del mal, se necesita suma vigilancia y esmero cuidadoso.

Estas reflexiones, fundadas en la experiencia, condenan la conducta de aquellos padres de familia, tan numerosos por desgracia hoy día, que no quieren usar de la autoridad que Dios les ha dado para corregir a sus hijos y acostumarlos a la obediencia y sumisión, sino que se

(1) Proverbios XXII, 15.

dan por vencidos ante sus exigencias más bien que decidirse a castigarlos, si es necesario, resuelta y severamente.

La sentencia del Espíritu Santo, citada atrás : *la necedad está ligada al corazón del niño*, viene a la memoria cuando se ve—y no es esto cosa rara—a ciertos niños que apenas caminan, envanecidos por las alabanzas, acariciados a toda hora, atrevidos por el apoyo que les dan sus padres, andar como dueños y señores por la casa mandando a su antojo ; quieren salirse en todo con la suya, y todos deben ceder a sus deseos y a sus caprichos ; si se les contraría en lo más mínimo, atruenan la casa con sus gritos. Contemplan el padre y la madre este tiranuelo y en vez de corregirlo, parece que miran aquellas insolencias e insubordinaciones como pruebas de valor, coronando la obra con una caricia, que parece decir al niño : has obrado bien. De aquí nace naturalmente el espíritu altanero y levantisco de la juventud de nuestros días. Quieren los jóvenes trocar los frenos pretendiendo que los discípulos impongan su voluntad a los maestros y directores de los establecimientos de educación y que éstos sean los que obedezcan.

A estos complacientes padres de familia podría preguntárseles, si pretenden seguir para siempre esta norma de conducta con sus hijos, dejándolos hacer en todo su propia voluntad, o sólo quieren manejarse así mientras son pequeños para más tarde hacerles sentir el freno de la autoridad paterna. No es posible que haya quien dé la primera respuesta, y si alguno a eso se atreviera, se le podría llamar peor que parricida, pues no es delito tan atroz, dice San Juan Crisóstomo, clavar un puñal en el corazón del hijo, como el dejarlo extraviar y de esa suerte dar la muerte a su alma. No tal, nos replicarían, no queremos, no, que nuestros hijos se pierdan eternamente ; pero mientras son niños, el amor que les tenemos no nos permite affigirlos contrariándolos ; llegará tiempo en que la

edad les dé juicio y entonces haremos con provecho lo que ahora haríamos en vano.

Este razonamiento, que parece justificable, es por el contrario falso y desaconsejable, como vamos a verlo.

Si un mal entendido cariño impide reprimir con el castigo las malas pasiones de los niños, cuando hayan crecido habrán crecido también sus defectos y no podrán ser corregidos. Se endereza el arbusto tierno y se doma el caballo de poca edad; pero el árbol ya desarrollado se rompe antes que enderezarse, y el caballo en pleno vigor es indomable. Verdades son éstas que hacen palpar cómo es cariño y no crueldad corregir a los niños; unas pocas lágrimas que derramen porque se les corrige, les ahorran muchas y muy amargas a ellos y a sus padres en todo el curso de la vida.

Tiene el niño bastante inteligencia para comprender, voluntad tenaz para resistir, energía para alborotar toda la casa cuando se le contraría; distingue más de lo que ordinariamente se cree, lo que es bueno y lo que es reprehensible, y así vemos que se alegra cuando le alaban, llora y se aflige si le reprenden, teme y se oculta cuando ha hecho algo malo, y si hace algo bueno, se contonea y busca quién lo aplauda. Siendo el niño inclinado a lo malo por causa del pecado original, debe ser corregido aun antes de que la razón le descubra el desorden; aprenderá a apartarse de lo que es malo y le será agradable lo que es bueno y ordenado.

Son verdades éstas tan antiguas como la humanidad, y el Espíritu Santo las inculca con gravísimas palabras: *Dóbla a tu hijo la cerviz en la mocedad y castígalo cuando es niño; no sea que se endurezca y te niegue la obediencia, lo que causará dolor a tu alma* (1).

Cuán errados, pues, van los padres que descuidan la corrección e instrucción de los hijos en la tierna edad, o que aguardan hacerlo cuando han entrado en la edad

(1) Eclesiástico XXX, 12.

de las pasiones. *La senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo* (1). Esta consideración hacía exclamar al Santo Job: *sus huesos se llenarán de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en el polvo del sepulcro* (2), verdad que vemos confirmada a cada paso con la multiplicación imperiosa de los dispensarios y con la salas reservadas de los hospitales.

Padres de familia! no os quejéis de la corrupción de la juventud; esa corrupción, lo decimos con dolor, es obra vuestra!

La autoridad divina a que hemos apelado, no librará nuestras palabras de amargas censuras y de burlas de los educacionistas más o menos inficionados con el veneno del naturalismo; al leerlas u oírlas, arrugarán el entrecejo exclamando horrorizados: yugo, cerviz, castigo, reprensión, domar, son palabras propias de la inquisición, hijas del oscurantismo. La educación del niño es cosa toda de amor y de dulzura, los padres y superiores deben ser los primeros y más queridos amigos de los niños. Y cuando esto dicen, creen pronunciar una sentencia digna de la sabiduría de Salomón; y en verdad, que es todo lo contrario, pues si quieren decir que el padre y la madre deben amar a sus hijos como se aman los amigos, es una falsedad, porque el amor del padre y de la madre debe ser más activo, fecundo y ardiente que el de la simple amistad. Si se quiere significar con esa frase que entre padres e hijos debe haber la confianza y familiaridad que existe entre amigos, eso es falso, pues los padres tienen sobre sus hijos verdadera autoridad, y los hijos deben a sus padres respeto y obediencia, y de esta suerte los honran, como dice nuestro Catecismo: Honra a sus padres el que los obedece, socorre y reverencia.

(1) Proverbios XXII, 6:

(2) Job XX, 11.



Y lo que hemos dicho con relación a los padres de familia ha de entenderse, con la debida proporción, de los maestros respecto de sus discípulos porque los maestros son también tenidos por padres con verdadera autoridad sobre sus discípulos y éstos tienen el deber sagrado de respetarlos y obedecerlos.

Es cierto que por la misma ley natural los educadores legítimos de sus propios hijos son el padre y la madre: ninguna educación puede competir con la educación doméstica cuando la familia es verdaderamente cristiana, cumplidora de la ley de Dios, y por lo mismo los padres vigilan cuidadosos para conservar la inocencia de sus hijos; pero siendo imposible que en el propio hogar se puedan recibir la cultura e instrucción que, bien o mal, se exige hoy, los padres de familia se ven obligados a confiar sus hijos a manos extrañas.

Cómo desearíamos que acerca de la elección de los maestros abrieran bien los ojos, si no quieren para las prendas de su corazón las mayores desgracias y para ellos mismos un remordimiento y una fuente de dolores inagotable. Para castigar Dios a los padres descuidados le basta conservarles la vida: sus hijos se encargarán de amargársela.

Es absolutamente imposible que den educación cristiana las personas que no tienen arraigados sentimientos religiosos. Las prácticas y métodos de enseñanza, os decíamos en otra ocasión (1), brotan de las doctrinas religiosas y filosóficas que profesa el maestro, de donde se deduce que no puede educar de la misma manera el que coloca el fin del hombre en la felicidad terrena, porque no cree en la otra vida; el que lo pone en el falso progreso indefinido de la especie; y el católico que afirma que ese fin consiste en conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después gozar de El eternamente en la otra.

El estudio exacto y concienzudo de la religión católi-

(1) Pastoral para la Cuaresma de 1918.

ca es el fundamento de la educación moral, para lo cual no basta una clase de catecismo, si la religión no es como el aire atmosférico que lo llena todo y que se respira sin cesar. Así mismo las virtudes no se inculcan con algunas conferencias, ni con la sola disciplina escolar; se requiere la piedad cristiana, sincera y constante. No se forman verdaderos cristianos los niños de un establecimiento con hacer que vayan a Misa los domingos y asistan a un breve retiro por cuaresma y nada más; menos aún si el maestro aconseja fríamente esas prácticas a los alumnos y él se exime de cumplirlas, pues siempre ha sido el ejemplo, especialísimamente el de los maestros, más eficaz que las palabras.

¿Y qué sucedería si en algunos establecimientos ni esto se hiciera, y si llegara a omitirse hasta el aprendizaje del catecismo?

Sin religión, y sin la religión verdadera, no es posible educación moral, sólida y completa.

Nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, en reciente documento sobre la devoción a San José, dice las siguientes palabras, que vienen muy bien para terminar esta Pastoral:

«Al paso que cobre incremento entre los fieles la devoción a San José, es claro que aumentará en ellos también la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret, de la cual fue augusto Jefe, pues esta última devoción es consecuencia de la primera. Por San José vamos directamente a María y por María a la fuente de toda santidad, Jesucristo, quien santificó las virtudes domésticas obedeciendo a José y a María. Deseamos que todas las familias cristianas se renueven según estos dechados de virtudes y que se conformen a ellos. Como la familia es el fundamento de la sociedad humana, consolidando aquella con la práctica de la santa pureza, de la fidelidad y de la concordia, un nuevo vigor, o diremos una como sangre nueva circulará por las venas de la sociedad humana, la cual de esa

suerte llegará a ser vivificada por la virtud restauradora de Jesucristo, de donde se seguirá no sólo la enmienda de las costumbres privadas sino aún de las instituciones públicas y civiles» (1).

(1) *Motu Proprio*, del 25 de julio de 1920.

A JESUCRISTO

Ficus elanguit

*Tras los rigores del invierno frío
apareció por fin la primavera,
y aún se tarda en florecer la higuera
que Tú cultivas en el huerto mío.*

*No la cortes, Señor : quizá un tardío
riego podrá fertilizar la era,
un año más a que florezca espera
y sazone sus frutos el estío.*

*Cuánto há que cuidas de la huerta mía !
Si en ella, con amargo desencanto,
no has recogido nada todavía,*

*Espera aún : la regaré con llanto
y quizá frutos llevará algún día
si no te cansas de esperarme tanto !*

ALEJANDRO ARAOZ FRASER



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico